

Una precisión y dos preguntas

SOY un gran admirador del Presidente Reagan. Me siento plenamente identificado con los valores espirituales y morales que profesa, con su combativa defensa de la libertad política y económica, con su firme posición anticomunista y con su conciencia de que Estados Unidos debe asumir en plenitud el liderazgo que le compete en el mundo libre.

Sin embargo, considero que su enfoque respecto del proceso democratizador que hoy vive América latina acusa una marcada superficialidad.

Desde luego, advierto un salto conceptual en la identificación de la democracia con la libertad, como si se tratara de dos conceptos indisolubles.

En mi opinión, la democracia es hoy el régimen de gobierno que, por regla general, más favorece el ejercicio y desarrollo de la libertad, no sólo en el ámbito político, sino también en el terreno económico-social. La forma democrática de gobierno es el *instrumento* habitualmente más idóneo para lograr el *objetivo* de una sociedad libre. Pero precisamente por la diferencia que existe entre un instrumento y un objetivo, entre un medio y un fin, ocurre que *no siempre* la democracia constituye la única y mejor forma de servir al ideal de la libertad.

Sospecho que cuando altos personeros del propio gobierno de Rea-



gan han manifestado que Occidente tiene una deuda de gratitud hacia el pueblo y las Fuerzas Armadas de Chile por haber librado a nuestra patria del comunismo en 1973, implícitamente están reconociendo la realidad señalada, por cuanto resulta evidente que esa acción estuvo necesariamente ligada al establecimiento de un régimen militar en nuestro país.

Que se pueda discutir cuál debiera ser o haber sido la duración de ese régimen o su proceso evolutivo hacia la democracia, no borra el hecho de que aplaudir su advenimiento supone reconocer que —en determinadas cir-

cunstancias— un régimen no democrático puede ser el más eficaz (y a veces el único posible) para preservar la libertad.

PERO más allá de cuestiones doctrinarias, estimo superficial el regocijo con que el Presidente Reagan aprecia el tema de la democracia en América latina, cuando enfatiza el logro "estadístico" de que, en los últimos cuatro años, un determinado número de millones de personas haya concurrido a las urnas para elegir un determinado número de gobiernos en dicha zona del continente.

Nadie ignora que la mayor parte de las naciones latinoamericanas ha vivido una larga rotativa cíclica entre gobiernos militares y civiles, o entre dictaduras y democracias, sin que estas últimas hayan logrado afianzarse sólidamente.

Realmente me sorprende que se otorgue un acento tan prioritario a que un país elija democráticamente

"Soy gran admirador de Reagan, pero considero que su enfoque del proceso democratizador de América latina acusa una marcada superficialidad" . . .

su gobierno, frente a la evaluación de cuáles son las condiciones de *estabilidad* y *eficiencia* que ofrece ese régimen democrático.

Y, por último, no deja de aparecer moralmente desconcertante la arbitrariedad de Estados Unidos para juzgar o no a un régimen como democrático.

HACE poco, el gobierno de Reagan señaló que en América latina había siete gobiernos no democráticos: Cuba, Nicaragua, Chile, Paraguay, Haití, Surinam y Guyana. Ahora, en Madrid, ha sostenido que sólo existen cuatro, eliminando de la nómina a los tres últimos. ¿Qué tan decisivo ha sucedido en los últimos meses para que Haití, Surinam y Guyana hayan salido de la "lista negra"? Profundo misterio.

En cuanto a los gobiernos considerados democráticos, ¿cómo explicarse que se incluya a México (descrito recientemente por Vargas Llosa como "la dictadura benigna del PRI"), donde ha regido, por más de medio siglo, un régimen férreamente controlado por un partido único, a base de la corrupción más generalizada y donde el Presidente de la República virtualmente designa a su sucesor, cual nueva monarquía, a través de la reconocida institución del "tapado"? Insondable misterio.

Son los problemas de las simplificaciones superficiales.

La Seg. 10-V-85